

ENEMIGOS DE LA VIDA ESPIRITUAL

Confrontando problemas externos Éxodo 17:8-16

Luego que todos los israelitas bebieron de la roca y saciaron su sed, apareció el primer enemigo: la tribu de los amalecitas. Éstos eran descendientes de Esaú y presentaron pelea al pueblo. Moisés encomienda a Josué armar el primer ejército para enfrentarlos, pero promete colocarse en un punto tal del monte que todos le vieran elevar sus brazos como señal de dependencia del Señor durante el tiempo que durase la batalla. La liberación de Egipto y la destrucción del ejército de faraón fue una obra total y completa del Señor; ahora ellos debían actuar confrontando en batalla al enemigo, aunque dependían de la oración intercesora de Moisés.

Salvación: justificación y santificación

Mirándolo espiritualmente, podemos afirmar que Dios obra enteramente nuestra salvación imputándonos la justicia de Cristo, pero una vez redimidos por su sangre, nos impulsa a la santificación. Ese proceso es parte de la salvación, los creyentes estamos constantemente activos confrontando aquello que Dios instruye a abandonar o a contender con las armas espirituales (Fil 2:12-13). Entonces, la santificación es un proceso en el que batallan nuestras pasiones naturales con la voluntad de Dios representada por la presencia y el poder del Espíritu Santo.

Es curioso que estos amalecitas aparecieron una y otra vez en la historia de Israel: en el período de los Jueces con Gedeón, en el reinado de Saúl cuando le perdonó la vida a Agag (1 Sa 15:2-3) y terminó siendo descartado de la monarquía por el Señor; luego en época de David (1 Samuel 30) raptando a su familia y soldados y provocando una respuesta sangrienta; en tiempos de Ezequías (3 siglos después de David) y en época de Ester 3:1 cuando aparece el principal enemigo del pueblo hebreo en cabeza de Amán, quien era descendiente de aquel rey amalecita a quién Saúl perdonó la vida, desobedeciendo la orden divina. *Esta insidia constante para Israel viene a representar la confrontación permanente en la vida cristiana con aquello que nos tiende a apartar de nuestra comunión y crecimiento en la fe.*

Una lucha permanente

Dice la Biblia que durante nuestra experiencia cristiana tendremos una lucha permanente con aquello que nos puede apartar de la comunión con Dios y alterar nuestro crecimiento espiritual; estos enemigos se encolumnan en tres escuadrones: el **mundo** (1 Jn 2:15-16), la **carne** (Gal 5:16-21) y el **diablo** (1 Pe 5:8-10).

Moisés muestra en esta ocasión de cuántas formas debemos recordar cómo presentar batalla al enemigo a quién debemos reconocer (sea por la seducción del mundo, la tentación de la carne o la astucia de Satanás).

En primer lugar, manteniendo una vida de oración; en segundo lugar, utilizando los medios que Dios ha puesto a disposición para luchar y finalmente conociendo nuestra posición en Cristo y recordando que Dios está constantemente a nuestro favor.

La oración

Aunque el texto no menciona que Moisés estuviese orando, sus brazos elevados al cielo sosteniendo la vara del Señor constituían la señal de su apelación al poder divino para prevalecer sobre el enemigo. Si sus brazos permanecían alzados, Israel avanzaba, pero si decaían prevalecían los amalecitas.

¿Cuál es nuestro primer pensamiento ante una situación que nos desestabiliza? ¿Indignación, rabia, contrariedad, llanto, ira? ¿Y si mirásemos al cielo como Moisés? Ante cada desafío previsto o imprevisto, el creyente y los líderes deben alzar sus ojos al Señor quien da sabiduría en abundancia (ver Stg 1). Luego que Pablo declarase en Efesios que no tenemos lucha contra personas de carne y hueso sino contra ideas, filosofías y pensamientos que se oponen a la voluntad de Dios, nos insta a utilizar la armadura, pero permaneciendo siempre en oración (Ef 6:18).

Las armas espirituales

En el pasaje se menciona que Josué ocupa el lugar de capitán de las fuerzas quién empuña espada, será de ahora en adelante el líder de las tropas hebreas incluso, en el ingreso a Canaán. Me imagino que ya tenían algo de entrenamiento en utilizar armas y que ayudaba a otros a transformarse en soldados. Así como el combatiente debe conocer su vestimenta defensiva y sus elementos de ataque, el creyente debe reconocer lo mismo para protegerse y atacar cuando el mundo (a través de ideas, leyes, prácticas, etc.) avance sobre nuestro estilo de vida, cuando nuestra propia inclinación natural nos oriente a actuar contra la voluntad de Dios (la tentación de la que habla Santiago) o cuando el diablo y sus ángeles promuevan toda clase de acciones que desafíen la soberanía del Señor valiéndose de personas ciegas e incrédulas y cautivando mentes de cristianos inmaduros.

Dice Ef. 6:14-17 *Manténganse firmes, ceñidos con el cinturón de la verdad, protegidos por la coraza de justicia, y calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz. Además de todo esto, tomen el escudo de la fe, con el cual pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno. Tomen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.* En aquella época, el soldado que no ajustaba su túnica tropezaba en el avance y forma de evitar tropezar en las pruebas de la vida es conociendo la Palabra de Dios y utilizándola correctamente: la pechera antibalas o coraza nos recuerda que nuestra justicia no depende de nosotros sino de Cristo quién nos la imputó; no avanzamos sin rumbo, nuestra lucha activa apunta a Jesús quién sacó a la luz la vida y la inmortalidad por medio de su evangelio. La paz que asegura el evangelio es con Dios y de Dios, pero no con el mundo ni con nuestras pasiones. La flecha envenenada que descubre nuestras debilidades, errores y carnalidad se detiene con un escudo que se agranda y endurece en la medida que se afianza nuestra fe. Una herida en la cabeza puede sacarnos del combate, por eso el casco nos recuerda que la salvación es segura y perpetua, ningún pensamiento puede hacernos dudar de esta certeza. El único elemento de ataque es la daga de la Palabra de Dios, cortante, afilada, que desnuda cada pensamiento y lo expone ante la vista de Dios. La gran diferencia entre el creyente y el incrédulo es que el primero tiene un trono de gracia y un abogado defensor ante el Padre a quién acudir cada vez que reconoce su debilidad y pecado.

Reafirmar nuestra posición

Moisés entendió que Dios está en contra de todo aquello que nos separe de su presencia y santidad. Finalmente, luego del triunfo edificó un altar cuyo nombre rezaba: Dios es mi bandera. Este perpetuo altar les iba a recordar que mientras estuviera elevado el estandarte, la batalla permanecería activa. Cristo elevado en la cruz, es nuestra bandera (Col 2:15). Cuando estemos luchando contra una enfermedad, la decepción o el abandono de un ser querido, contra una adicción, contra cualquier frustración por motivos laborales, sentimentales o sociales tenemos que elevar nuestra vista hacia la cruz y recordar que Jesús estuvo en ese lugar para sustituirnos. Cuando se levantó de la tumba, Dios había aceptado su sacrificio y eso significa que cada creyente ha sido elevado a la posición de hijo, heredero y coheredero de las riquezas de su gracia.

Cuando cada experiencia diaria nos desafíe a conducirnos según nuestra tendencia natural o según la guía del Espíritu Santo, debemos preguntar como el apóstol Pablo: “si Dios está a nuestro favor, ¿quién prevalecerá en nuestra contra?” Ro 8:31